

MILAGROS CALVO GARCÍA

Estudiante de quinto curso de Derecho. Víctima del atentado terrorista del 11 de marzo de 2004, ocurrido en Madrid

Es cierta la capacidad de la mente para recrear de manera fugaz el pasado en cuanto se cruza por nuestros sentidos el estímulo adecuado. La reacción inmediata es cerrar los ojos, como si fuera necesario blindarnos frente a la realidad inmediata para lograr que la memoria trabaje sin interferencias. Basta una canción, un lugar, un olor, un simple nombre y el viaje en el tiempo se pone a nuestro alcance sin más condición que no estropear el trayecto con un exceso de pragmatismo, tentación habitual en aquellos que perciben como una debilidad estos lapsos emocionales. Hace pocos días tuve el infortunio de vivir una situación así, cuando el rigor mecanicista de las actas me obligó a certificar que mi alumna, Milagros Calvo, no se había presentado a la convocatoria ordinaria de junio. Marqué la casilla correspondiente a la opción «No presentado», sin nada que reprocharme, evidentemente, aunque se tratara de una certificación lacerante. La pequeña cantidad de tinta negra con la que tuve que destacar la calificación de Milagros me pareció toda una miniatura de la tragedia que empecé a vivir personalmente el sábado, 13 de marzo, cuando a primera hora de la mañana me llamó el Decano de la Facultad, el Profesor Iturmendi, para decirme que Milagros había muerto en Atocha. Me recogió en su coche y fuimos al Tanatorio Sur, donde encontramos a los compañeros de Milagros, muchos de ellos alumnos míos. Me contaron que en la misma mañana de los atentados empezaron a buscar a Mila. Sabían que, a la hora en que se produjeron las explosiones, Milagros bajaba del cercanías para ir a su trabajo. Esta era su ruta desde hacía sólo tres o cuatro días, porque había cambiado de trabajo. Sólo tres o cuatro días. Me fijé en mis alumnos. Ya les conocía, pero me parecieron distintos. Ninguno —Mila tampoco— responde al estereotipo de alumno universitario y de Derecho, para más señas. No cumplen ya los treinta, todos trabajan y muchos ya están casados y con hijos. Querían licenciarse en Derecho para mejorar en su trabajo, rematar una carrera trunca por lo que fuera o, simplemente, para demostrarse que la inconformidad es el mejor estado natural del hombre. Pienso en los hijos de mis alumnos y en el ejemplo excelente que van a recibir de sus padres. Me gustaría que leyeran estas líneas para que su admiración

fuera un poco mayor, porque aquellos compañeros de Mila hicieron posible que la tragedia por su muerte tuviera luz a su alrededor.

Los primeros en comprobarlo fueron sus padres y hermanas. Nunca hay palabras pertinentes ni eficaces para taponar el dolor de unos padres por la muerte de un hijo. Somos insignificantes ante la desmesura de una tragedia así y sólo la sinceridad y la fe nos pueden engrandecer lo suficiente si queremos realmente que nos sientan cerca. Los padres de Mila no sabían bien quiénes éramos, pero cuando les dijeron algo de un Decano y de un profesor sólo nos repetían la ilusión de su hija por licenciarse. Nos lo decían casi al oído, entre lágrimas, mientras nos abrazaban y estrechaban sus mejillas contra las nuestras. Y alrededor estaban los compañeros de Mila.

Desde entonces, el aula 18 de la Facultad ha vivido triste. Las cuatro de la tarde es una hora en que todos los alumnos tienen nombre y rostro. Ninguno es uno más. No sabría decir por qué, pero es así y les acabamos conociendo. La masificación de la Universidad puede ser un problema en otros ámbitos, pero no en la calidad de los sentimientos que circulaban por el aula. Todos notábamos que faltaba Milagros, pero su ausencia se hizo dignamente llevadera porque no hubo sentimentalismos lacrimógenos ni blanduras afectivas. Era simplemente tristeza por la amiga muerta, por una compañera esencialmente bondadosa, fiel a la sencillez de sus padres y puntual en el cumplimiento de sus obligaciones académicas. El día antes del atentado, su teléfono móvil sonó y me interrumpió. Lo apagó con toda urgencia y pidió disculpas. Sus compañeros recordarán que no me enfadé. Que no pude enfadarme con Mila.

Pasó el tiempo y llegaron los preparativos de la graduación para los alumnos que están en el quinto curso de la licenciatura, lo que, aun cuando resulte perverso decirlo, no significa que para el día de la ceremonia la hayan terminado. En el mismo Tanatorio, el Decano dispuso que Milagros Calvo recibiera la graduación. Las cuestiones de forma ya se resolverían luego. En este caso, había que tener claras las prioridades y el Decano las tuvo. Un grupo de alumnos decidió acudir al acto de graduación agrupados como «Amigos de Milagros Calvo» y me pidieron que les apadrinara. Acepté sin dudarlo, no sólo por el recuerdo de mi alumna, sino también porque tenía la oportunidad de participar en una manera ejemplar de transformar el recuerdo de la muerte en un acto de amistad. El acto se celebró el 21 de mayo. En contra de lo anunciado, acudieron los padres y la hermana de Milagros Calvo. Nadie pudo dejar de pensar en el esfuerzo que tuvieron que hacer para asistir a la graduación de los compañeros de su hija, pues ni la mejor de las intenciones iba a colmar su inmenso vacío. Sin embargo, allí estuvieron, primero en la Santa Misa que se celebró en la Capilla de la Facultad y, luego, en el Aula Magna, llena hasta la bandera de padres

y alumnos. Había que estar allí, en el instante preciso en que Milagros Calvo fue llamada para recibir su diploma y su beca, y vivir en propia carne el volumen que puede llegar a tener la ausencia de una persona. Los recogió su hermana y a ella le siguieron sus compañeros de graduación, ante los padres de Mila y los padres de todos los alumnos que iban a graduarse. Todos vimos con nitidez que ese no iba a ser el día de los hijos, sino el día de los padres, especialmente de los padres de Milagros.

No fue la ocasión sólo para rendir homenaje a nuestra alumna, justo el día en que terminaba de instalarse en Atocha el llamado «Bosque de los Ausentes», con tantos cipreses y olivos como víctimas produjo el atentado. También sirvió para reivindicar una forma de vida universitaria que tiene poco que ver con los tópicos. Milagros era una trabajadora que estudiaba, como todos los compañeros que se graduaron apelando a su recuerdo. Gente que aprecia cada minuto de su tiempo como una oportunidad para esforzarse. Gente que da valor a una licenciatura maltratada por la falta de vocación de la mayoría de los alumnos. Gente que cree firmemente que su título es un premio y no un trámite. Padres y madres que comprometen el ocio de sus familias para un objetivo común. El Decano glosó con justicia a estos «otros» estudiantes y anunció la constitución de una beca anual del Consejo Social de la Universidad Complutense para alumnos que trabajen. No se me ocurre una forma más congruente de recordar a Milagros Calvo y todo lo que ella y sus compañeros significan para una universidad pública.

El recuerdo de estos días, de estos meses que cambiaron nuestro país y, en buena medida, nuestras vidas, va a ser un censor de nuestra conciencia. La mía como profesor, desde luego. Y sé, porque he podido hablar mucho con ellos, que la de los compañeros de Milagros, también. Dije en el acto de graduación que estaba orgulloso de ellos porque habían dado «una lección luminosa de cómo podemos y debemos asumir, el dolor, firmes y dignos». No sé si se habrán licenciado con muchos o pocos conocimientos de Derecho, pero puedo responder de aquellos alumnos, compañeros de Milagros Calvo, porque sí, según mi criterio, el buen jurista debe, ante todo, creer en el hombre y en su misión trascendente, nunca la Universidad habrá formado tan buenos juristas como ellos.

Jesús ZARZALEJOS NIETO
Profesor Asociado de Derecho Procesal